

patio que se ha dicho, prolongado de norte á sur, muy llano y lucido, y tan capaz que cabían en él sin pesadumbre quinientos hombres, y al un lado de él hacía la puerta del aposento mayor de Huitzilopochtli, una piedra levantada de una vara en alto, con lo alto de ella al talle de un cofre tumbado que llamaban *techcall* donde sacrificaban los indios. Estos ídolos estaban sentados, sin embargo que se han puesto parados, porque se ha hecho por dar mejor á entender su forma, talle y compostura. Tenía cada aposento de estos tres sobrados, que se mandaban por de dentro de uno en otro, con una escalera de madera movediza. Teníanlos llenos de municion de todo género de armas, especialmente de macanas, rodelas, arcos y flechas, lanzas y guijarros, y todo género de vestimentas y arreos de guerra. (1)

Nezahualcoyotl, el rey filósofo y poeta, había mandado construir en Texcoco un templo al dios increado y desconocido. Según el historiador de aquel príncipe:—"En recompensa de tan grandes mercedes que había el rey recibido del dios incógnito y criador de todas las cosas, le edificó un templo muy suntuoso, frontero y opuesto al templo mayor de Huitzilopochtli, el cual fuera de tener cuatro descansos el Cú, y fundamento de una torre altísima que estaba edificada sobre él con nueve sobrados, que significaban nueve ciclos, el décimo que servía de remate de los otros nueve sobrados, era por la parte de afuera matizado de negro y estrellado; por la parte interior estaba todo engastado de oro, pedrería y plumas preciosas, colocándolo al dios referido y no conocido ni visto hasta entonces, sin ninguna estatua ni forma su figura. El chapitel referido casi remataba en tres puntas, y en el noveno sobrado estaba un instrumento que llamaban *Chilititli*, de donde tomó el nombre este templo y torre, y en él así mismo otros instrumentos musicales como eran las cornetas, flautas, caracoles y un artesón de metal que llamaban *tetzilacall*, que servía de campana, que con un martillo asimismo de metal le tañían, y tenía casi el mismo tañido de una campana; y uno á manera de atambor, que es el instrumento con que hacen las danzas, muy grande; este, los demas, y en especial el llamado *Chilititli*, se tocaban cuatro veces cada día natural, que era á las horas que atras queda referido que el rey oraba." (2) Por la for-

(1) Relacion de la ciudad de Texcoco por Juan Bautista Pomar. MS.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. chichimeca, cap. 45. MS.

ma este templo aparece muy particular; la especie de campana recuerda usos asiáticos ó cristianos, y por la aplicacion resulta ser el único consagrado á una idea filosófica de la Divinidad.

En otro lugar dimos noticia de las pirámides de Teotihuacan y de Cholollan, que si bien estaban aprovechadas como templos, corresponden á los tiempos antehistóricos: estas obras son las mayores de su género, dejando muy atras por sus dimensiones á los teocalli de México y de Texcoco. El número de los edificios religiosos no puede ser fijado ni aun de una manera aproximada; entre grandes, medianos y pequeños; en las ciudades, en las llanuras, en los montes, la supersticion los había multiplicado de una manera prodigiosa.

Pasando al culto, llama la atencion el gran número de festividades prevenidas por el ritual. En cada uno de los diez y ocho meses se hacía solemne fiesta á la divinidad que en él presidía; solemnizábase el signo de cada uno de los dias con que comenzaban las trecenas; muchas fechas del Tonalamatl pedían víctimas y preces; cada conocimiento humano, cada una de las acciones subsidiarias tenían su patron particular; se acudía á los númenes para pedirles su auxilio en la guerra, su defensa contra la peste, su liberalidad en el hambre; las estaciones, los fenómenos meteorológicos, los acaecimientos astronómicos, pedían sacrificios; los acontecimientos públicos faustos ó adversos traían accion de gracias ú ofrendas para aplacar á las divinidades, y las fiestas fijas y movibles, y las que inventaba la devocion particular, hacían continua é interminable la asistencia á los templos. (1) Los méxica pasaban su tiempo combatiendo ú orando.

La mayor reverencia ó acatamiento á los dioses consistía en inclinar el cuerpo, tocar la tierra con el dedo mayor de la mano derecha y llevar el polvo á la boca; la misma ceremonia se practicaba delante de personas de alta consideracion. Era desconocido el ponerse de rodillas; delante de los númenes permanecían en cuclillas, conservando esta postura ante los superiores, en las conversaciones y en los actos de la vida doméstica. (2) En la oracion pedían el remedio de sus necesidades; probable es que en el ritual estuvieran determinadas, ó la costumbre tuviera admitidas algunas preces, que en ciertos casos se repitieran de

(1) Cumplida idea de ello da el P. Sahagun, tom. I, pág. 50, 228.

(2) P. Mendieta, lib. II, cap. XI.

memoria; así lo dejan entender al ménos las conservadas por los autores. (1) Aquel pueblo ceremonioso, que para cada acontecimiento guardaba preparada una arenga, no debía mostrarse corto en lo tocante á la religion.

La música, el canto y la danza formaban parte del culto. Vimos que el sol dió á los devotos de Tezcatlipoca el gran tambor llamado *huchuetl* y el instrumento de madera nombrado *teponaztli*; (2) tocados por medio de baquetas, eran propios para marcar el compas en el canto y en el baile: añadíanse alguna vez los pitos y los caracoles. Los cantares eran á honra de los dioses; como en las oraciones, se loaban las virtudes del númen, ó se pedía remedio para las necesidades públicas ó privadas. Los cantares en el mes Tecuilhuitontli eran de amores, dulces historias, riesgos en cazas y monterías, hazañas de los hombres y sucesos notables; (3) si para éstos eran alegres, tornábanse en tristes y melancólicos en las exequias de los difuntos y en las memorias de los muertos. Las danzas religiosas casi siempre eran simbólicas, y las había dedicadas á ciertas deidades; bailaba en ocasiones particulares el rey, y segun los casos rituales los sacerdotes, los guerreros, los mancebos, las mujeres y las doncellas consagradas á los templos, bien una sola clase, bien mezclados segun lo pedido por la costumbre.

El *huchuetl* se compone de un armazon cilíndrico de madera de unos dos piés de diámetro y cinco de alto; la cara inferior, libre, tiene tres ó cuatro varillas gruesas, de poca altura, que le sirven para sustentarse; en la cara superior lleva tirante una piel curtida de venado: segun el parche está más ó ménos tirante produce el son más ó ménos grave. Tocábase hiriendo sobre la piel con los dedos ó las manos, ó bien con dos gruesos bolillos, cuyo extremo estaba cubierto con una pelota de *ulli*: oyénse desde bien léjos los roncós y lúgubres sonidos de este tambor. El *teponaztli* es tambien un cilindro hueco de madera, que en la parte convexa ofrece una ranura, que en union de otras cuatro, dejan libres dos lenguetas, separadas por tres de los lados; frontera una de otra, sobre ellas se hiere con bolillos, produciendo dos tonos

(1) P. Sahagun lib. VI.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XLIII.

(3) Torquemada, lib. X, cap. XXXIV.

diferentes, algo mates y siempre lúgubres. Los pitos y flautillas arrojan silvos agudísimos; los caracoles y bocinas dan sonidos graves. (1) Los mexicanos no eran músicos. El canto se resentía de monótono; sabían cambiar de compases avivando y dando mayor vida á la entonacion, mas no pasaban de ciertos ritmos muy marcados.

Mucho caso hacían del baile y del canto, por lo cual, los reyes y señores mantenían maestros, que fuera de saber lo admitido ya para los dioses y las festividades, pudieran componer cantares y danzas en los nuevos acontecimientos. En las reuniones particulares eran pocos los danzantes, aumentando segun las circunstancias, creciendo el número hasta millares en las fiestas solemnes y públicas. Los bailarines, cuando pocos, se colocaban en dos filas, que adelantaban haciendo sus pasos en hilera, ó bien puestos rostro á rostro se mezclaban y confundían. Si eran muchos, la música, colocada sobre esteras finas, ocupaba el centro, miéntras ellos formaban alrededor círculos concéntricos, más y más amplos á medida que de la música se alejaban. Junto al centro estaban dos ó cuatro personas, los corifeos del baile; los danzantes quedaban colocados de manera que formaban como ródios de los círculos, pues cada uno tenía por pareja, ya á la persona de los lados, ya á la de adelante, ya á la de atras. Dada la señal se comenzaba con un compas lento; consistía la destreza en que la música, el canto y la danza, llevaran un perfecto acorde; las voces no se desentonaban, cada danzante alzaba, como impulsado por un resorte, la misma mano, bajaba el mismo brazo, movía el mismo pié. Como era natural, los del primer círculo se meneaban con cierta lentitud; mas á medida que se alejaban del centro, como en el mismo tiempo tenían que recorrer mayor circunferencia, la velocidad iba siendo más y más grande. Acabada una estrofa y repetida, mudábase el compás en más vivo sucesivamente, hasta que los últimos danzantes debieran tomar una rapidez vertiginosa. Entre las circunferencias había pequeños niños siguiendo la danza, y truhanes ó chocarreros bajo disfraces risibles, diciendo dichos agudos ó picantes, para regocijar á los espectadores. Estos espectáculos coreográficos duraban por muchas horas; los danzantes fatigados eran sustituidos por otros,

(1) Torquemada, lib. XIV, cap. XI.

cuadrillas enteras tomaban el lugar de las que se retiraban á comer ó refrescar. Acudían con sus mejores trajes, adornos y joyas; llevaban en las manos plumajes vistosos, flores y ramilletes, y á veces se coronaban con guirnaldas. Era espectáculo digno de admiración. (1)

En las festividades, y principalmente en la de las flores, los aztecas usaban adornar profusamente los templos de ramas y de rosas; escogían las yerbas aromáticas. Entre las flores era simbólica el *coxochtli*, que "es de olor muy suave y fragante, como el de el albahaca y mejorana," y entre las plantas las ramas y las hojas del tzapotl. El *ololuqui* por otro nombre *coaxihuitl*, yerba de culebras, la tomaban los sacerdotes para entrar en cierto estado de vision y recibir respuesta á sus dudas. (2)

Ofrendaban plumas finas para el adorno de los altares y de los dioses; las víctimas eran adornadas con plumas segun lo requería el rito, y las blancas de gallina se tenían por simbólicas. Usábase el papel, *amatl*, en el adorno de los prisioneros, así como en multitud de ministerios del culto. Pedían los ritos el oxítl, "ungüento de trementina," y el *ocotzotl*, "resina de pino ó trementina," (3) para pegar las plumas á la cabeza ó ungir ciertas partes del cuerpo. El *ollin* ó *ullin*, (hule, goma elástica) era simbólico chorreado sobre los papelés, ó en marcas en los carrillos y sienes de las víctimas, y aún de los dioses.

Se hacía general ofrenda de los frutos de la tierra; mas las semillas místicas eran dos principalmente, la *chian* y el *huauhtli*.

El *copalli* servía de zahumerio para las personas de distincion, y de incienso para los dioses. "Copalli, dice el P. Motolina, (4) es género de incienso que corre de un árbol, el cual en cierto tiempo del año punzan para que salga y corra aquel licor, y ponen debajo ó en el mismo árbol atadas unas pencas de maguey... y allí caen y se cuajan unos panes de la manera de la jibia de los plateros; hácese de este copalli revuelto con aceite muy buena trementina.... Algunos dicen que este copalli es mirra probatísima." Sacadas por sajamiento ó producidas naturalmente, varias plantas producían resinas que daban humos odoríferos, conocidas

(1) Torquemada, lib. XIV, cap. XI.

(2) Vetancourt, Teatro Mexicano, P. 1. T. 2. núm. 210.

(3) Vocabulario de Molina.

(4) Hist. de los indios, trat. I, cap. VII.

por los mexicanos bajo el nombre genérico de copalli. Tales eran el *Copalcuahuitl*, árbol de copal, que nace en tierras calientes de Cuernavaca, Copalla y Michoacan; el *Copalcuahuitl patlahuac*, que da la resina blanca y es parecida á lo que llaman los españoles zumaque; el *Tepecopalli*, copal de cerro, destila el incienso llamado de Judea, abundante en Filipinas y dicho en España ánime de las indias; el *Xochicopalli*, copal de rosas ó florido, abundante en Colima y Michoacan á donde lo llaman *xarapiscana*; el *Copalcuahxiotl*, copal del árbol leproso, con una variedad; el *Cuitlacopalli*, excremento de copal, producto del Xiocuahuitl ó palo leproso; *Trinacancuitlacopalli*, copal de estiércol de murciélago; *Copalli* de Tototepec; el *Tecopalcuahuitl pitzahuac*, y por último el *Teocopalli* ó copal de los dioses. (1)

En la fiesta que en el mes Toxcatl se hacía á honra de Huitzilopochtli, llamada del incienso de Huitzilopochtli, en lugar de copalli se quemaba chapopotli (2) (chapopote, *asfalto*). "El chapopotli, que llaman los españoles betun índico, y por otro nombre chicle (tzicle) prieto, sale de unos manantiales de la costa de Pánuco, y líquido entra en la mar del Norte, y cuájase en pedazos, el negro que tira á rubio la resaca lo echa á las orillas, véndese en los mercados, y lo compran las mujeres para mascar, limpia y conforta los dientes, su olor es tan agudo y fétido como el de la ruda." (3)

El ayuno era práctica general; consistía en hacer únicamente una comida ligera durante el dia, y á veces otra en la noche. Segun la solemnidad, el pueblo entero, contados aun los niños, ayunaba por espacio de dos, cuatro, cinco y diez dias, y en esos tiempos los casados se abstenían de sus esposas. Los sacerdotes daban el ejemplo en la austeridad de sus cuaresmas de veinte y de cuarenta dias, contándose una de ochenta dias muy trabajosa. (4)

Distingúanse las penitencias por dolorosas y cruentas. Segun la devoción ó las prescripciones del rito sacábanse sangre, pi-

(1) Vetancourt, P. 1, T. 2, núm. 173-77. De la naturaleza y virtudes de las plantas por Fr. Francisco Jiménez, cap. I á VII, lib. I, seg. part.—Copal, por D. Leonardo Oliva. La Naturaleza, tom. I, pág. 37.

(2) Torquemada, lib. X, cap. XVI.

(3) Vetancourt, P. 1, T. 2, núm. 183.

(4) Mendieta, lib. II, cap. XVII.

cándose y horadándose con una espina de maguey las piernas, en espinillas y muslos, los molledos de los brazos, los pechos y las orejas; las espinas teñidas en sangre ofrecíanlas á los piés de los númenes, ó las quemaban en su loor. Horadábanse las orejas por el cartílago, y sacaban por el horado pajas ó cañas de mayor ó menor tamaño, en más ó ménos número, ofreciéndolas en manojos sangrientos como pruebas de su piedad. Con una navaja de obsidiana sajabábase la lengua, y por la herida sacaban sucesivamente aquellas cañas ásperas, causándose un dolor insoportable. (1) Muestra de tan atroz procedimiento ofrece la lám. 33 del Códice Telleriano Remense.

En Tehuacan había de continuo cuatro sacerdotes mancebos llamados *Monauhxiuhcauhque*, ayunadores de cuatro años. Por vestido llevaban en todo tiempo una manta delgada y un *maxtlatl*, y sólo lo renovaban de año en año; su cama era el suelo desnudo y por cabecera una piedra; ayunaban diariamente, tomando por alimento una sola vez al día una única tortilla del peso de unas dos onzas y una escudilla de *atolli*; sólo de veinte en veinte días, en las fiestas solemnes de los meses, podían comer lo que tenían. Ocupábanse en orar y alabar á los dioses; dos velaban una noche sin dormir sueño, y los otros dos la noche siguiente, de manera que no tomaban descanso mas de cada cuarenta y ocho horas; cantaban continuamente, sacábanse sangre del cuerpo, ofrecían incienso cuatro veces durante la oscuridad, y de veinte en veinte días se sacaban por un agujero practicado en lo alto de las orejas hasta sesenta cañas gruesas, que ensangrentadas depositaban á los piés del ídolo, para quemarlas al fin de la penitencia. Duraba ésta cuatro años. Si alguno moría era inmediatamente reemplazado, si bien su muerte se tenía por mal agüero, como presagio de gran mortandad en el comun y de la pérdida de señores y principales. (2)

Los sacerdotes de Tlaxcalla celebraban á su dios Camaxtli una fiesta de cuatro en cuatro años, llamada Teoxihuitl, año divino. Preparábanse con exquisitas ceremonias; carpinteros que habían orado y ayunado labraban unos palos gruesos como el dedo pulgar ó índice, y como entrambos unidos, y largos hasta de una

(1) P. Sahagun, tom. I, pág. 213.—Mendieta, lib. II, cap. XV.

(2) Motolina, trat. I, cap. IX.—Mendieta, lib. II, cap. XVIII.

braza; sacábanse con las mismas disposiciones navajas de *itzli*, obsidiana, y el *Achcauhitli* ó jefe de los sacerdotes exhortaba á sus subordinados á la penitencia. Previo ir hasta la cumbre de la montaña Matlalcueye á ofrecer piedras preciosas al númen, comenzaba el ayuno y la penitencia de ciento sesenta días. Despues de los cantos rituales, un maestro tomaba las navajas preparadas y abría en la lengua de cada uno competente herida; dando ejemplo el Achcauhitli se pasaba por el horado cuatrocientos cinco palos de los benditos, los más gruesos y largos: á imitacion suya los más fuertes se sacaban igual número, los ménos animosos sólo doscientos, y acabada la operacion se ponían de nuevo á cantar, esforzándose en medio de sus agudos dolores porque la voz no desmayara. Seguía un ayuno riguroso de ochenta días, repitiendo de veinte en veinte días la operacion de los palos sacados á través de la lengua: terminado el plazo ponían al público un ramo verde y los leños de la penitencia, señal de que el pueblo, nobleza y principales debían ayunar los ochenta días siguientes, período en que proseguían las austeridades de los sacerdotes hasta completar las ciento sesenta. Durante el ayuno del comun no había de faltar fuego encendido, de día ni de noche, en la casa de los principales; y si acontecía que se apagase, el dueño de la casa mataba un esclavo y echaba la sangre en el brasero ú hogar en que el fuego había muerto. (1)

Los de Cholollan celebraban á Quetzalcoatl en una fiesta de cuatro en cuatro años. El Achcauhitli, que así se llamaba tambien el principal sacerdote de aquel lugar, ayunaba rigurosamente cuatro días ántes; reuníanse luego los sacerdotes, cada uno de los cuales recibía un incensario, *tlemaill*, (2) incienso, puntas de maguey y tizne; bajábanse á los aposentos del patio fronteros al templo, y sentados junto á los muros permanecían quietos, sin salir á otra cosa que á sus necesidades. Por sesenta días seguidos sólo tomaban una cortísima racion de tortillas y agua; dormían unas dos horas á la prima noche y otra hora á la puesta

(1) Motolina, trat. I, cap. X. Mendieta, lib. II, cap. XVII.

(2) *Tlemaill*, de *tletl*, fuego, y *maill*, mano: "eran unas cucharas grandes agujeradas, llenas de brasas, y los astiles largos, delgados, rollizos y huecos, y tenían "unas sonajas dentro, y el remate era una cabeza de culebra." Sahagun, tom. I, página 177, y en otros lugares. Algunas veces movían los mangos para que sonaran las sonajas *ayacachtli*, como prevencion del rito.

del sol, gastando el tiempo en orar, incensar y sacarse sangre de las orejas. Si alguien se dormía, arrojábanse sobre él, le rompían el incensario, tiraban sus ropas á las letrinas, y punzándole cruelmente las orejas le echaban la sangre sobre la cabeza afrentándole como indigno de servir á los dioses. Los veinte días siguientes la penitencia era ménos cruenta, el sueño algo mayor, hasta que llegada la fiesta cesaba el padecer. (1)

Los sacerdotes mexicanos se sacaban sangre de las espinillas de las piernas, y las cañas ó espinas ensangrentadas iban á ponerlas en las montañas y en las cuevas, sobre un lecho de hojas saliendo desnudos y de noche. Los hombres en general hacían ostentacion de la sangre que se sacaban de las orejas, poniéndose una raya de la ceja á la quijada; las mujeres se untaban el rojo licor al rededor del rostro. "Las mujeres tenían devocion tambien de ofrecer esta sangre por espacio de ochenta dias, cortábanse de tres en tres dias, ó de cuatro en cuatro dias todo ese tiempo. (2) En ciertas ocasiones no escapaban de estas prácticas dolorosas ni aún los niños de más corta edad. Aquella supersticion conducía á actos terribles de barbarie. Algunos hombres se horadaban la piel del genital sacándose por el horado veinte ó cuarenta brazas de cordel; (3) en ocasiones se reunían varios hombres, y simultáneamente iban tirando del cordel. El derramamiento de sangre y la crueldad de los martirios presidían en estas prácticas salvajes.

Tras aquellos sufrimientos seguían casi siempre los placeres de la mesa, como una especie de indemnizacion; gran cantidad de comida y la bebida del pulque les daban fuerzas para seguir maltratándose el cuerpo. Por eso entre las oblaciones se tenía por una de las más aceptas, ofrecer en los templos platos de viandas condimentadas; los dioses se contentaban con el olor, y los sacerdotes devoraban las sustancias en nombre de los números inmortales.

(1) Motolinia, trat. I, cap. XI.—Mendieta, lib. II, cap. XVIII.

(2) Sahagun, tom. I, pág. 214.

(3) Mendieta, lib. II, cap. XV. Motolinia, trat. I, cap. IX.

CAPÍTULO VIII.

Sacrificios.—Techeatl.—Sacrificio ordinario.—Otra clase de sacrificios.—De niños.—Tlacaxipehualiztli.—Temalacatl.—Cuauxicalli, Huipilli Cuauhquehuatl ó vaso del sol.—Teocauhxicalli.—Impresion de la mano abierta.—Cuauhxicalli de Tizoc.

LA parte capital del culto azteca eran los sacrificios. Las codornices, langostas, mariposas y culebras apostaron con los dioses en Teotihuacan por donde saldría el sol, y habiendo perdido fueron condenadas á ser sacrificadas. (1) Las codornices, entre los animales, hacían papel principal. Los sacerdotes recibían al sol á su salida con música y alabanzas; cada uno de ellos arrancaba la cabeza á una codorniz, mostrándola sangrienta al astro en señal de holocausto. Las aves muertas servían de pasto á los ministros. (2) En la fiesta de Tezcatlipoca, el rey arrancaba la cabeza á cuatro codornices, tirándolas á los piés del dios; en seguida los sacerdotes practicaban el mismo sacrificio, y luego todo el pueblo; el gran número de aves muertas era recogido por los criados del rey, quienes cocían ó asaban una parte para la comida del señor y de los ministros, salando el resto para que se conservara como cosa sagrada. (3) Huitzilopochtli tenía tambien consagrados como víctimas, codornices y gavilanes. Se ofrecían á Mixcoatl conejos, venados y coyotes. Á diversas divinidades toda clase de animales, así bravos como domésticos, sin olvidar los peces y vivientes acuáticos. (4) Segun una

(1) Torquemada, lib. VI, cap. XLII.

(2) Torquemada, lib. IX, cap. XXXIV.

(3) Torquemada, lib. X, cap. XVI.

(4) Torquemada, lib. VI, cap. VI.